

Chavarux estaba preocupado.

Al coger los papeles se preguntaba el partido que podía sacar de lo que acababa de saber.

Aquello era una fortuna.

Estaba tan entregado á estas reflexiones que quedó plantado como un jalón delante del escritorio del principal, que le preguntó bruscamente:

—¿Qué hacéis ahí? Vamos, iros.

Dió media vuelta, pero se detuvo en el gabinete donde había copiado los documentos del legajo de Bures.

Tenía varios partidos para elegir.

Dirigirse á la madre, suministrarla los informes que conocía, mediante una fuerte suma.

No dejaría de demostrarle un agradecimiento práctico y demostrarse espléndida.

¿Pero hasta qué punto?

Esto era lo dudoso.

El coronel de Brancourt se encontraba en igual caso.

¿Cómo abordarlos?

Estas son siempre cuestiones difíciles de tratar.

Con el barón Saint-Aubin ya era otra cosa, el asunto marchaba por sí solo.

¿No le había ofrecido espontáneamente el aventurero una cantidad de importancia por algunos detalles insignificantes?

¿Hasta dónde no llegaría cuando supiese lo que la imprudente ligereza del señor Merlin acababa de revelar?

Por consiguiente hacia este lado era preciso dirigir sus trabajos.

La situación permitía á Chavarux mostrarse exigente.

Ya no eran algunos cientos de miles de francos lo que quería.

Era el millón, esta cifra tan codiciada que en otros tiempos se pronunciaba con una especie de adoración, y que desde hace veinticinco años se encuentra en todos los labios y en todos los sueños.

El pasante esperó la noche con impaciencia, y en cuanto pudo salir del estudio, se fué á casa, se arregló, y no queriendo escribir á fin de no comprometerse, se fué al hotel Saint-Aubin á cosa de las siete y media.

La noche estaba muy oscura y brumosa.

Chavarux dejó el ómnibus en la plaza de la Estrella, y se dirigió con paso rápido hacia la avenida del Bosque de Bolonia.

Cuando llegó á la casa del barón llamó y preguntó al criado que salió á abrir.

—¿El señor barón de Saint-Aubin?

—Está en casa.

—¿Puedo verle?

Dió su tarjeta.

El criado volvió en seguida y dijo:

—El señor barón os espera, si queréis seguirme.

Aquel criado era Jesús Piriac. Acompañó á Bernardo hasta la habitación de su amo, y cuando hubo entrado en ella, se retiró, dejando solos á los dos hombres.

XXIV

La túnica de Nessus.

Cuando Jaime Fugeret salió de casa de la señorita de Arvil estaba transfigurado.

Parecía que le habían descargado un peso enorme.

¡La había visto!

¡Acababa de realizarse su más querido deseo!

A pesar de los resentimientos que debía tener con él, no se había exaltado, no le había dirigido sangrientos reproches, no le había arrojado de allí; le había escuchado con calma, casi con benevolencia.

Esto era más de lo que él esperaba. Al mismo tiempo comprendía mejor la inmensidad de los males causados por él á aquella desgraciada, á quien no quedaba más que su fortuna y su inútil belleza, porque él le había quitado todo lo demás: el honor, su amigo de la infancia, su madre, en una palabra, todo lo que ella amaba y que podía asegurar su felicidad.

El azar se había encargado de colmar el desastre quitando á la madre la criatura que debía ser su consuelo y ocupar en su herido corazón el puesto de los seres queridos que había perdido.

Pero si de una parte el mal no tenía remedio, de la otra, es decir, de la parte de aquella hija que tan vivamente sentía, quedaba un resto de esperanza.

¿Pero no podía él realizar lo que gentes indiferentes no habían podido conseguir?

¿Mas hacia dónde dirigirse?

¿Por dónde comenzar sus pesquisas?

¿Qué brújula le dirigiría en aquel Paris que él no había visto más que de paso, porque desde su entrada en el servicio no vivía más que en el extranjero, en las colonias, siempre en campaña, y era una nueva sociedad aquella en que entraba, en el momento en que sus

heridas iban tal vez á obligarle á tomar el retiro?

Llegaba al boulevard Haussman y se preguntaba qué iba á hacer, cuando pensó que no estaba lejos de su amigo Piriac, que no le había estrechado aún la mano, y que si tardaba más faltaría á todos los deberes de la amistad.

Se dirigió á casa de su amigo, y en el momento que iba á poner el dedo en el botón de bronce cincelado del timbre eléctrico, oyó que hablaban en el vestíbulo.

En lugar de llamar, retrocedió, y para esperar que saliesen los que hablaban, se separó á una cierta distancia.

Casi en seguida se abrió la puerta, se volvió á cerrar, y dos caballeros que continuaban charlando pasaron á su lado, dirigiéndose hacia el Arco del Triunfo.

Uno de ellos era el barón Máximo.

El otro era desconocido para el general; pero á la luz de un farol, que daba de lleno en la cara de aquel individuo, vió distintamente sus facciones, al mismo tiempo que oía pronunciar este nombre que le hizo prestar oído.

—Señorita de Arvil.

El barón y su compañero hablaban de ella.

¿A propósito de qué?

No pudo saberlo: los dos paseantes bajaron la voz de pronto, como si uno de ellos hubiese recomendado el silencio; pero esta circunstancia bastó para grabar en la memoria del general aquel encuentro y las facciones del incógnito que acompañaba al barón Máximo.

Era Bernardo Chavarux.

Además, su cabeza era bastante típica; sus

facciones bastante acentuadas para no olvidarlas fácilmente.

Aquella cara de tostada piel, de barba, ojos y cejas negras como la tinta de imprenta, era de esas que llaman la atención desde luego y que se graban en la memoria.

Cuando se hubieron alejado, el general se volvió á la puerta del hotel y llamó.

Su amigo Piriac en persona fué quien salió á abrir.

—¡Tú!—dijo al ver á su antiguo compañero.—¡Por fin estás de vuelta!

—Como ves.

—¿Será para no volver, espero?

—Yo también lo espero—dijo Fougeret.

—Enhorabuena.

Piriac, poniendo sus manos en los hombros del general, se separó de él un poco.

—Déjame que te examine—dijo.

Y añadió, después de haber mirado de arriba á abajo á su compañero:

—Vamos, veo con mucha satisfacción que para haberte dado por muerto no estás muy mal. Tu herida no ha dejado huellas. ¡Y esos embusteros periódicos que dieron la noticia de que habías quedado muerto sobre el campo de batalla!

—No faltó mucho—dijo el general sonriendo;—pero los bretones estamos acorazados...

—¿Recibiste un balazo en el pecho?

—Sí.

El general señaló con un dedo el sitio del corazón.

—Dos centímetros más á la izquierda—dijo—y no me hubieras vuelto á ver... Pero tengo una naturaleza de acero, y además me cuida-

ron muy bien el médico y un buen muchacho, bretón como nosotros, mi ordenanza.

—¿Cómo se llama?

—José María.

—¿Y es de?...

—De las cercanías de Quimper.

—¿Le habrás traído contigo?

—Y espero que no me abandone.

—¿Te has retirado?

—No del todo... Estoy con licencia por convaleciente.

—En fin, ya estás aquí—dijo alegremente Piriac,—y esto es lo principal... Para mí es absolutamente como si acabases de resucitar... Puedes vanagloriarte de haberme dado un susto horrible. ¿Has comido?

—No, pero no tengo gana. ¿Y tú?

—Yo he comido, y no mal... Iba á salir, cuando el barón recibió la visita de un individuo que no me gusta... Entonces, como estaba solo en el hotel—el cochero tiene permiso hasta media noche, y lo mismo la cocinera, y creo que han salido juntos y han ido al Ambigu,—me he arreglado con lo que había en la cocina... No sé lo que traen entre manos el barón y ese desconocido; pero lo que sí es cierto, es que la conferencia ha durado una hora larga.

—¿Cómo se llama ese otro?

—Espera... Chava... reas... no, Chava... rauxs; no, no, Chavarux... sí, eso es.

—¡Raro nombre!

—Nombre auvernés, creo. ¡Entra! ¡Entra!

El general y Piriac estaban en el vestíbulo.

—La casa es nuestra—repuso Piriac;—pue-

do recibírte como si fuera el dueño. El amo no volverá hasta las dos ó las tres de la mañana, y eso, si vuelve. Además, yo no sé lo que sucede, pero de poco tiempo á esta parte, se ha reducido el tren... Se despidió al «groom», hay dos caballos de menos en la cuadra, uno solo para la victoria ó el cupé... Sopla mal viento. Esta tarde le he dicho al barón: «Debéis casaros... No os faltará una heredera rica.»

—¿Y qué ha contestado?

—Nada. Se rió, pero no dijo nada.

Así, hablando Piriac, había introducido á su amigo en una sala muy confortable, donde un calorífero sostenía, como en toda la casa, una temperatura muy agradable.

—Ves—dijo á su amigo,—aquí se está mejor que en los arrozales y los pantanos del Tonkin; no hay que temer á los tigres, ni que los salvajes puedan acribillarnos ó mecharnos con su cuchilla, que el diablo lleve.

En efecto, aquella sala tapizada de tela de color malva con espesas cortinas y muelles butacas, era de una rara elegancia, pero se comprendía, al entrar en ella, que el dueño la frecuentaba poco. Y en efecto, todo aquello era un lujo superfluo para un soltero que pasaba las tres cuartas partes de su vida fuera de casa.

—No estés cohibido—dijo Piriac, dando una silla á su amigo.—Obra como si estuvieras en tu casa. Nadie nos molestará. Estamos admirablemente para hablar. Dame noticias.

Y sin dejarle tiempo para hablar, añadió:

—¿Te acuerdas que cuando marchastes hace cerca de un año tenias ideas tristes, el presentimiento de que ibas á dejar allí los huesos? Pero á Dios gracias has vuelto.

—Y me alegro mucho.

Había habido un cambio sorprendente en la actitud de Jaime Fugeret. Ya no tenía la fisonomía triste y desesperada del año anterior.

Se le veía metamorfoseado, por decirlo así.

Una visible alegría reinaba en aquella marcial cabeza.

—Apenas te conozco—dijo Piriac—me gusta verte así, en verdad.

—¿Por qué?

—Porque me pareces alegre ¡pardiez!

—Lo estoy.

—Adivino por qué. ¿La has visto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—¿Te ha recibido?

—Por ruegos de Brígida.

—¡Ah ¡ah!—exclamó Piriac—Algo hay de nuevo en efecto. ¿La has hablado?

—Durante una hora.

—¿De qué?

—De mis esfuerzos por rehabilitarme, amigo mio. Del deseo que tenia... del que tengo todavía de dar mi vida para reparar el mal que la hice!

—¡Eso es difícil!—observó Piriac—por no decir imposible.

—¡Lo sé demasiado!... sin embargo, quién puede vanagloriarse de conocer lo que hay en el corazón de una mujer, en el fondo del corazón de las madres sobre todo.

—¿Es á la madre á quien te has dirigido?

—¿No lo es ella?

—¡Una madre muy desgraciada, si hemos de dar crédito á lo que he oido!

—Eso es precisamente lo que ha reanimado una esperanza que estaba casi extinguida en mi alma—declaró el general con calor.—Escucha, Jesús, y comprenderás.

Entonces contó á su amigo su conversaci6n con Magdalena de Arvil; c6mo habfa perdido ella las huellas de su hija, sus inútiles esfuerzos para encontrarla, la fatalidad que la separaba.

—¡La ama!—exclamó.—Al fin desea tenerla á su lado; darfa diez años de vida por volver á verla.

—¿Crees que perdonaría lo pasado?

—¡Está tan lejos!—murmuró el general—¡y sería tan grande su felicidad!...

—¿Te ha prometido?...

—Nada. ¿Qué me hubiera atrevido yo á pedirle en cambio de una esperanza tan incierta? Además, yo no tengo más que un deseo... ¡Hacerla olvidar el mal que la he causado!... Obtener su amor, no, eso sería demasiado; pero ese perd6n de que hablas...

Piriac se levantó.

—Todo eso es muy bonito y bueno; pero espera un momento y vuelvo.

—¿Ad6nde vas?

—A ocuparme un poco de tí. Eres mi huésped y el del amo.

Salió.

El general se levantó á su vez y dió algunos pasos por la sala.

Piriac habfa dejado olvidada sobre la chimenea la tarjeta de Bernardo Chavarux.

El general dirigió maquinalmente su mirada hacia ella, y leyó:

«Bernardo Chavarux, pasante en casa del

notario señor Merlin, calle de Luis el Grande.»

Pero no le concedió ninguna atenci6n.

Tenia en su imaginaci6n una idea fija, y se repetfa sin cesar:

—¿C6mo encontrar á esa niña? ¿Por d6nde empezar mis pesquisas?

Jesús Piriac abrió de pronto las dos puertas del comedor, y dijo:

—Está servido el general.

En efecto, bajo la araña, que esparcfa olas de luz eléctrica, estaba puesto el cubierto.

Piriac habfa reunido en un momento los elementos de una cena bastante completa.

—Ya comprenderás que yo no puedo dejarte morir de hambre. No tengas escrúpulos. El amo se consideraría muy feliz en tener á su mesa un bravo general francés. Hay que hacerle esa justicia. ¡Es muy hospitalario!

Al mismo tiempo servfa á su amigo un vaso de Burdeos y un muslo de pollo.

Le obligó á sentarse y se colocó enfrente de él.

No habfa medio de resistir.

—Eso no nos impedirá hablar, dijo:

Y para retenerle en la mesa y ocupar su atenci6n, repuso:

—¿De modo que tú vas á reanudar una tarea que los otros no han podido acabar?

—Esa es mi intenci6n.

—¿Esperas salir bien?

—Si Dios es justo, sí. He hecho lo que he podido por reparar mi crimen, al menos por expiarlo. ¡Si está contento de mí, puede concederme esa gracia! No le pido más.

—¡No te enternezcas! ¡Come tranquilamente! ¿C6mo vas á arreglarte?

—Si puedes aconsejarme, me harás un favor.

—¿Es una niña la que la señorita de Arvil?...

Sí.

—¿Nació?

—Cerca de Lugano, en una villa.

—¿Cómo se llama?

—Tiene el nombre de un poeta inglés... Espera... ya recuerdo... la villa Milton.

—Eso es fácil de retener. Y la niña, ¿cómo se llama?

—Ni ella misma lo sabe.

—¿Es posible?

—Cuando nació la niña—repuso el general con voz temblorosa—acababa de matarse el señor de Bures. Magdalena, en un acceso de dolor, y tal vez de cólera contra aquella desgraciada que echaba al mundo y que causaba un desastre tal, asustó á la condesa y al doctor que la asistía. Se temió que se volviese loca... Tuvieron que llevarse de allí á la criatura. La condesa, que fué quien se encargó de esta triste misión, pereció á la vuelta de su viaje á no se sabe dónde, porque no había dicho á qué punto iba... ¿comprendes?

—Voy comprendiendo... Pero esa pequeña ha debido ser inscripta en alguna alcaldía, en el sitio de su nacimiento...

—No.

Piriac oprimió los labios.

El asunto se complicaba.

—¿Después no ha vuelto á oír hablar de ella la señorita de Arvil?

—¡Jamás!

—¡Diablo! El asunto es muy oscuro.

El general suspiró.

Piriac repuso.

—¿No ha tenido ninguna noticia?

—¡Ninguna!

—Sin embargo, ella ha debido hacer esfuerzos.

—¡Diablo, diablo!—exclamó de nuevo Piriac.—¿Quieres dulce?—añadió.

—Gracias.

—Toma un poco. Si emprendes una tarea tan ardua necesitas fuerzas.

Sirvió otro vaso de vino al general, que no hizo más que mojar los labios.

Evidentemente la comida le interesaba menos que la idea que tenía fija en su imaginación.

—Dime—preguntó de pronto,—¿el barón vé alguna vez á la señorita de Arvil?

—Jamás. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque en el momento en que llegué, salía del hotel con ese... ¿cómo has dicho?

—¿Ese joven que vino á verle?

—Sí.

—Chavarux.

—Justamente. Hablando uno de los dos, creo que fué el Auvernes, pronunció el nombre de la señorita de Arvil.

—¿Lo has oído tú?

—Distintamente, sin quererlo.

—Eso es chocante, pero no puede tener importancia.

Y cambiando de asunto:

—¿No me has hablado de tus proyectos? ¿Renunciarás á tu carrera?

—Eso será sino hay otro remedio. Mi salud decidirá... Si me pongo del todo bien, volveré al servicio...

—¿Si no?

—Será preciso descansar. Entre tanto me ocuparé de este asunto con la mayor actividad.

—¿Tienes dinero?

—No me falta...

—¿Sigues cobrando?

—¡Claro!

—¿Cuánto?

—Diez mil francos.

—Eso ya es algo. ¿Y tienes algo más?

—De siete á ocho mil francos de renta, tal vez más.

—¿Tanto?—exclamó Piriac, abriendo grandes ojos.

—Casi me los han dado... Figúrate que en las colonias yo no gastaba nada. En primer lugar no estaba yo para diversiones, y además estaba siempre en campaña. Buenos amigos—he encontrado algunos sin contarte á tí, mi querido Jesús—se hicieron cargo de mis economías y me las hicieron producir; ellos se encargaron de todo, porque yo no entiendo de negocios... Soy casi rico.

—Es decir, que tienes con qué deslumbrar á Paimpoint, San Juan del Desierto, la Forge y todo el país... ¡Renuncia á toda pretension! ¡Vive en paz!

—Bien quisiera poder hacerlo, pero no me es posible... ¡Me he impuesto una misión... seré esclavo de ella!

—¡Dí que lo eres de tu amor!—dijo Jesús, poniéndole una mano sobre el hombro y mirándole con una especie de compasión.

—Pues bien, sí, de mi amor—dijo el general.—Lo conservaré hasta la muerte.

Dejó la servilleta sobre la mesa y repuso:

—Vámonos.

—¿Seguirás con tu locura siempre, mi pobre Jaime? ¡Tú tan vigoroso, tan valiente!

—No lo soy para con mis recuerdos.

Repitió con energía:

—Vámonos y no hablemos más de eso. ¡Ese es mi destino!

—¿Dónde vives?—preguntó Jesús.

—En la misma casa que antes.

—¿En la calle del Bac?

—Sí, pero la dejo mañana.

—¿A dónde te mudas?

—A una casita en donde he alquilado un cuarto en la planta baja.

—¿En qué calle?

—Vaneau... Es muy tranquilo... Dá sobre jardines.

Marchaban cogidos del brazo por las calles casi desiertas.

Al llegar á la plaza de la Concordia se separaron.

El general llegó á su hotel de la calle del Bac, donde tenía dos habitaciones, una para él, la otra para su ordenanza.

Este le esperaba dormido sobre una silla.

Era un bretón de unos treinta años.

El general le tocó en el hombro.

—Anda á acostarte—le dijo.

—¿No me necesita mi general?

—Por hoy no, pero mañana tenemos gran faena.

—Está bien, mi general.

—Nos mudamos, y además hay otras cosas que hacer... Ya te lo diré; vete.

Quando el general quedó sólo, se preguntó:

—¿Por qué hablaban de la señorita de Arvil, el barón y ese Chavarux? Yo quiero saberlo y lo sabré.

Tenía un hilo, pero bien fragil todavía.

La casualidad había sido quien se lo había dado, como siempre.

XXV

Con un pie en el crimen.

Existe en alguna parte, si no me equivoco, un vaudeville que debe llevar este título ó su equivalente.

El barón Máximo de Saint-Aubin, tenía ciertamente, en su pasivo algunas de esas acciones que no tienen nada de buenas.

Sabemos que era sócio de los dos ingleses que se dedicaban á la punible industria de fabricar billetes falsos.

Robar diez céntimos del bolsillo de un vecino, levanta un clamoreo pidiendo justicia.

Robar sumas fabulosas al estado ó á las poderosas sociedades anónimas, no es más que un pecado venial fácilmente perdonado.

Hablamos del sentimiento público.

La ley piensa de otro modo.

¿Pero cómo se aplica esta?

Con todo su rigor, cuando se trata de un desgraciado que ha robado un pan ó un conejo; faltando abiertamente á ella si el ladrón es de cierto tono, es decir, de los que roban millones.

El caso del barón de Saint-Aubin era de esos para los que el pueblo, es decir, todo el

mundo, profesa una indiferencia difícil de conmover.

Pero sus asuntos iban á cambiar de aspecto bruscamente.

Y aquel cambio lo había producido el despacho de sus socios, ó mejor dicho, de sus cómplices, Savil y Count.

El barón ponía ante todo y por encima de todo, su interés personal, el de su seguridad, de su bienestar y de sus satisfacciones de todas clases.

Por defenderlas hubiera suprimido á sus adversarios.

El barón tenía imaginación, era astuto, no tenía conciencia y hubiera tenido la vida de un hombre en menos que la de un conejo de Australia, si este hombre se le hubiera atravesado en su camino y le hubiera cerrado aun inconscientemente el de la fortuna.

Y precisamente era Bernardo Chavarux el que podía hacer esto.

El pasante era una amenaza para él.

He aquí por qué.

Cuando se presentó en el hotel Saint-Aubin, daba vueltas en su imaginación á los más provechosos proyectos.

Se creía dueño de la situación en lo sucesivo, y á punto de realizar, sin más que extender la mano, los primeros fondos necesarios para la edificación de su opulencia.

Aurora era la hija de la señorita de Arvil.

Para él estaba ya esto fuera de duda.

Ahora bien, cuando se es dueño de un secreto tal, es preciso no tener dos dedos de frente, ni de iniciativa, si no se consigue sacar de él partido por una ú otra parte.